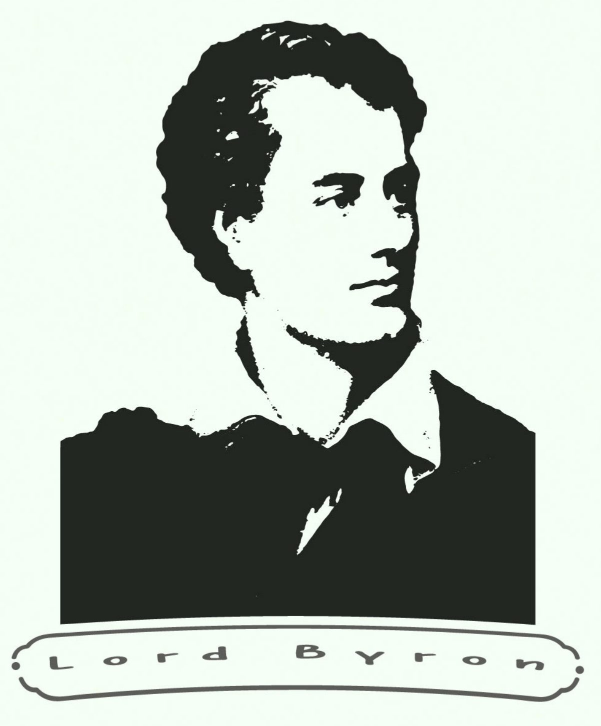


Caín, un misterio

y selección de poemas



Lord Byron



Caín, un misterio y selección de poemas

Lord Byron

George Gordon Byron (Londres, 22 de enero de 1788-Mesolongi, 19 de abril de 1824), fue un poeta que perteneció al romanticismo británico, considerado por algunos uno de los mayores poetas en lengua inglesa y antecedente de la figura de los llamados "poetas malditos". Debido a su talento poético, su personalidad, su atractivo físico y su vida de escándalos fue una celebridad de su época.

Educado en el Trinity College de Cambridge, etapa en la que curiosamente se distinguió como deportista, a pesar de tener un pie deforme de nacimiento. Lord Byron vivió una juventud amargada por su cojera y por la tutela de una madre de temperamento irritable. A los dieciocho años publicó su primer libro de poemas, *Horas de ocio*, y una crítica adversa aparecida en el Edimburgh Review provocó su violenta sátira titulada *Bardos ingleses y críticos escoceses*, con la que alcanzó cierta notoriedad.

En 1809, al ser declarado mayor de edad, Lord Byron emprendió una serie de viajes en los que recorrió España, Portugal, Grecia y Turquía. A su regreso publicó, como memoria poética de su viaje, los dos primeros cánticos de *La peregrinación de Childe* Harold. El personaje libertino y amoral que Lord Byron encarnaba frente a la sociedad terminó por volverse contra él, sobre todo a partir de los rumores sobre sus relaciones incestuosas con su hermanastra Augusta, por lo que terminó por abandonar el Reino Unido, en 1816, para no regresar jamás y convertirse en poeta errante por Europa.

Años más tarde, llegó a Venecia y Pisa (Italia), en donde escribió títulos como el citado *El Corsario* (1814), *Manfredo* (1817), *Beppo* (1818), *Mazeppa* (1819), *Marino Faliero* (1820) y *Don Juan* (1819). Falleció en plena lucha por la independencia de Grecia contra los turcos después de contraer unas fiebres en Missolonghi que acabaron con su vida el 19 de abril de 1824. Tenía apenas 36 años años de edad.

LORD BYRON

CAÍN, UN MISTERIO Y SELECCIÓN DE POEMAS



Caín, un misterio y selección de poemas
Lord Byron

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes León
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Caín, un misterio

ACTO I

ESCENA I

(La tierra fuera del Paraíso. Tiempo: salida del sol. adán, Eva, Caín, Abel, Adán y Zillah, ofreciendo un sacrificio.)

ADÁN

¡Oh, ¡Dios Eterno, ¡Infinito, Omnisciente!,
tú que de las tinieblas del abismo creaste la luz
sobre las aguas con una sola palabra, ¡alabado seas!;
Jehováh, en este nuevo retorno de la luz, ¡alabado seas!

EVA

¡Dios!, tú que diste nombre al día, y que separaste
la mañana de la noche, hasta entonces nunca divididas;
tú que apartaste las aguas de las aguas, y que llamaste
a la mitad de tu creación el firmamento, ¡alabado seas!

ABEL

¡Dios!, tú que ordenaste los elementos
en tierra, océano, aire y fuego, y que con el día
y la noche, y los mundos que ambos iluminan
o ensombrecen, creaste seres para que los disfrutasen
y para que los amaran tanto como a ti, ¡alabado seas!

ADÁN

¡Dios Eterno!, ¡Padre de todas las cosas!,
tú que creaste a estos seres sublimes y hermosos
para que fuesen amados por sobre todo salvo tú:
déjame amarlos a ti y a ellos. ¡Alabado seas!

ZILLAH

¡Oh, Dios!, tú que, amando, creando y bendiciendo todo,
aún permitiste a la serpiente penetrar sigilosa
y echar a mi padre fuera del Paraíso terrenal:
líbranos de todo nuevo y mayor mal. ¡Alabado seas!

ADÁN

Hijo Caín, mi primogénito,
¿por qué permaneces en silencio?

CAÍN

¿Para qué habría de hablar?

ADÁN

Para rezar.

CAÍN

¿No habéis rezado ya vosotros?

ADÁN

En efecto, muy fervientemente.

CAÍN

Además de muy fuerte: os he escuchado.

ADÁN

Y también Dios, espero.

ABEL

¡Amén!

ADÁN

Pero tú, mi hijo mayor, sigues en silencio aún.

CAÍN

Creo conveniente permanecer así.

ADÁN

¿Por qué dices eso?

CAÍN

No tengo nada que pedir.

ADÁN

¿Ni nada que agradecer?

CAÍN

No.

ADÁN

¿Acaso no estás vivo?

CAÍN

¿Acaso no debo morir?

EVA

¡Ay, el fruto del árbol prohibido comienza a caer!

ADÁN

Y nosotros debemos recogerlo nuevamente. ¡Oh, Dios!, ¿para qué plantaste el árbol del Conocimiento?

CAÍN

¿Y por qué no comisteis del árbol de la Vida? Entonces podríais haberlo desafiado.

ADÁN

¡Oh, hijo mío, no blasfemes!: esas son palabras de serpiente.

CAÍN

¿Por qué no? La serpiente dijo la verdad: estaba el árbol del Conocimiento, y estaba el árbol de la Vida; el conocimiento es bueno, y también buena es la vida:

¿cómo podían, entonces, ser malos?

EVA

Hijo mío, hablas tal como yo lo hice en el pecado, antes de que tú nacieras: no me hagas ver renovada en la tuya mi miseria. Yo ya me he arrepentido. No me condenes a ver a mi descendencia caer en engaños al otro lado de los muros del Paraíso, engaños que incluso dentro de él destruyeron a tus padres. Conténtate con las cosas como son. Hubiéramos así obrado nosotros, más que contento estarías tú ahora. ¡Oh, hijo mío!

ADÁN

Bien, hemos terminado nuestras oraciones; partamos, cada uno a sus tareas de labor, que no son pesadas, aunque necesarias: la tierra es joven, y nos cede gentilmente sus frutos con muy poco trabajo.

EVA

Caín, mi hijo, contempla a tu padre, alegre y resignado, y haz como hace él.

CAÍN

¡Es una luz espantosa! No hay sol, ni luna, ni estrellas innumerables. El mismo azul de la purpúrea noche asume un tenebroso matiz crepuscular; y sin embargo, veo enormes sombras oscuras, muy distintas a los

mundos que antes veíamos, los cuales, rodeados de luz, parecían llenos de vida, pese a que, cuando sus atmósferas lumínicas dejaban apreciarlo, algunos tomaban formas desiguales, de profundos valles y altas montañas, y otros emitían destellos, y otros mostraban enormes llanuras líquidas, y otros parecían ceñidos por cinturones luminosos y lunas flotantes que ostentaban, como ellos, los rasgos de la bella Tierra; mas estos de aquí se ven horrendos y tenebrosos.

LUCIFER

Pero nítidos. ¿Deseabas contemplar la muerte y cosas muertas?

CAÍN

No lo deseaba; pero como sé que tales cosas existen, y que el pecado de mi padre nos ha atado a ambos, como a todos los que nos hereden, a ellas, quiero contemplar de una vez lo que algún día tendré que ver por fuerza.

LUCIFER

¡Contempla!

CAÍN

Sólo hay oscuridad.

LUCIFER

Y así será para siempre; pero será mejor que abramos los portales.

CAÍN

Sale muchísimo vapor. ¿Qué es esto?

LUCIFER

Entra.

CAÍN

¿Podré retornar?

LUCIFER

Retornarás, puedes estar seguro de ello: ¿de qué otro modo se poblaría la muerte? Su presente reino es pequeño comparado con lo que será gracias a ti.

CAÍN

Las nubes aún crecen, y forman vastos círculos a nuestro alrededor.

LUCIFER

Avanza.

CAÍN

¿Y tú?

LUCIFER

No temas, sin mí no podrías haber viajado más allá de tu mundo. ¡Adelante, adelante! (Ambos desaparecen entre las nubes.)

ESCENA II

(El reino del Hades. Entran Lucifer y Caín.)

CAÍN

¡Cuán silenciosos y vastos son estos lúgubres mundos!, pues parecen más de uno, y todos más poblados que los enormes globos resplandecientes que flotaban tan apiñadamente en el aire superior, y a los que había llegado a creer la brillante población de algún Cielo absolutamente inconcebible antes que objetos habitados ellos mismos, hasta que acercándome más pude verlos creciendo a una palpable inmensidad de materia que más parecía a propósito para albergar vida que un ser vivo en sí. Pero en este lugar todo se ve tan sombrío, lúgubre y tenebroso que solo puedo pensar en el pasado.

LUCIFER

Es el reino de la muerte. ¿Querrías que fuese el presente?

CAÍN

En tanto no sepa de qué se trata, no puedo responder.

Pero si es como he oído a mi padre discurrir en sus largas homilías, es algo que... ¡Oh, Dios!, ¡no me atrevo a pensar en ello! ¡Maldito sea aquel que creó una vida que conduce a la muerte, o la miserable forma de vida que, siendo vida, no puede retenerla, y debe así perderla, incluso en los inocentes!

LUCIFER

¿Maldices a tu padre?

CAÍN

¿No me maldijo él a mí al darme mi nacimiento? ¿No me maldijo incluso antes de éste, al atreverse a probar el fruto prohibido?

LUCIFER

Dices bien: la maldición entre tú y tu padre es mutua; pero ¿qué hay de tus hijos y hermano?

CAÍN

¡Que la compartan conmigo, su hermano y padre! ¿Qué otra cosa me ha sido legada? Les dejo mi herencia. ¡Oh, vosotros, ilimitados y lóbregos reinos de fluctuantes sombras y formas enormes, algunas bien nítidas, otras indistintas, más todas inmensas y melancólicas!, ¿qué es lo que sois? ¿Vivís o habéis vivido?

LUCIFER

En cierto modo, ambas cosas.

CAÍN

Entonces ¿qué es la muerte?

LUCIFER

¡Qué! ¿No te ha dicho aquel que te creó que es otra vida?

CAÍN

Hasta ahora no ha dicho nada, salvo que todos moriremos.

Selección de poemas

Canción

Atenas, 1810

1.

Doncella de Atenas, antes de separarnos,
¡Devuelve, oh, devuélveme el corazón!
Oh, pues ha dejado mi pecho,
¡Guárdalo ahora, y toma el resto!
Oye mi promesa antes de partir,
Ζώη μου, σάς άγαπώ
Mi vida te amo

2.

Por esos cabellos sueltos,
Que cortejan todos los vientos del Egeo;
Por esos párpados con pestañas de azabache
Que acarician el arrebol de tus mejillas tiernas;
Por esos ojos de gacela agreste,
Ζώη μου, σάς άγαπώ
Mi vida te amo

3.

Por esos labios que saborear anhelo;
Por ese talle que el ceñidor abraza;
Por todas las flores hermosas que dicen

Lo que las palabras decir no pueden;
Por la alegría y la pena alternas del amor,
Ζώη μου, σάς ἀγαπῶ
Mi vida te amo

4.

¡Doncella de Atenas! Me he ido ya:
¡Piensa en mí, querida, cuando sola estés!
Aunque a Estambul voy,
Mi corazón y mi alma en Atenas quedan:
¿Puedo dejar de amarte? ¡No!
Ζώη μου, σάς ἀγαπῶ
Mi vida te amo

Camina bella, como la noche

Camina bella, como la noche
De climas despejados y de cielos estrellados,
Y todo lo mejor de la oscuridad y de la luz
Resplandece en su aspecto y en sus ojos,
Enriquecida así por esa tierna luz
Que el cielo niega al vulgar día.

Una sombra de más, un rayo de menos,
Hubieran mermado la gracia inefable
Que se agita en cada trenza suya de negro brillo,
O ilumina suavemente su rostro,
Donde dulces pensamientos expresan
Cuán pura, cuán adorable es su morada.

Y en esa mejilla, y sobre esa frente,
Son tan suaves, tan tranquilas, y a la vez elocuentes,
Las sonrisas que vencen, los matices que iluminan
Y hablan de días vividos con felicidad.
Una mente en paz con todo,
¡Un corazón con inocente amor!

La partida

¡Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa del mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
en donde queda la mujer hermosa,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.
Si pudiera ser hoy lo que antes era,
y mi frente abatida reclinar
en ese seno que por mí latiera,
quizá no abandonara esta ribera
y a la sola mujer que puedo amar.

Yo no he visto hace tiempo aquellos ojos
que fueron mi contento y mi pesar;
los amos, a pesar de sus enojos,
pero abandono Albión, tierra de abrojos,
y a la sola mujer que puedo amar.
Y rompiendo las olas de los mares,
a tierra extraña, patria iré a buscar;
mas no hallaré consuelo a mis pesares,
y pensaré desde extranjeros lares
en la sola mujer que puedo amar.

Como una viuda tórtola doliente
mi corazón abandonado está,
porque en medio de la turba indiferente

jamás encuentro la mirada ardiente
de la sola mujer que puedo amar.
Jamás el infeliz halla consuelo
ausente del amor y la amistad,
y yo, proscrito en extranjero suelo,
remedio no hallaré para mi duelo
lejos de la mujer que puedo amar.

Mujeres más hermosas he encontrado,
mas no han hecho mi seno palpitar,
que el corazón ya estaba consagrado
a la fe de otro objeto idolatrado,
a la sola mujer que puedo amar.
Adiós, en fin. Oculto en mi retiro,
en el ausente nadie ha de pensar;
ni un solo recuerdo, ni un suspiro
me dará la mujer por quien deliro,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

Comparando el pasado y el presente,
el corazón se rompe de pesar,
pero yo sufro con serena frente
y mi pecho palpita eternamente
por la sola mujer que puedo amar.
Su nombre es un secreto de mi vida
que el mundo para siempre ignorará,
y la causa fatal de mi partida

la sabrá sólo la mujer querida,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

¡Adiós! Quisiera verla… más me acuerdo
que todo para siempre va a acabar;
la patria y el amor, todo lo pierdo…
pero llevo el dulcísimo recuerdo
de la sola mujer que puedo amar.
¡Todo acabó! La vela temblorosa
se despliega a la brisa del mar,
y yo dejo esta playa cariñosa
en donde queda la mujer hermosa,
¡ay!, la sola mujer que puedo amar.

La gacela salvaje

La gacela salvaje en montes de Judea
Puede brincar aún, alborozada,
puede abrevarse en esas aguas vivas
que en la sagrada tierra brotan siempre;
puede alzar el pie leve y con ardientes ojos
mirar, en un transporte de indómita alegría.

Pies ágiles también y ojos más encendidos
aquí tuvo Judea en otros tiempos,
y en el lugar del ya perdido gozo,
más bellos habitantes hubo un día.
Ondulan en el Líbano los cedros, más se fueron
las hijas de Judea, aún más majestuosas.

Más bendita la palma de esos llanos
que de Israel la dispersada estirpe,
pues echa aquí raíces y se queda,
graciosa y solitaria:
ya su suelo natal no deja nunca
y no podrá vivir en otras tierras.

Mas nosotros vagamos, agostados,
para morir muy lejos:
donde están las cenizas de los padres
nunca descansarán nuestras cenizas;
ya ni un solo sillar le queda a nuestro templo
y en trono de Salem se ha sentado la Burla.

Canción del corsario

En su fondo mi alma lleva un tierno secreto
solitario y perdido, que yace reposado;
mas a veces, mi pecho al tuyo respondiendo,
como antes vibra y tiembla de amor, desesperado.

Ardiendo en lenta llama, eterna pero oculta,
hay en su centro a modo de fúnebre velón,
pero su luz parece no haber brillado nunca:
ni alumbra ni combate mi negra situación.

¡No me olvides!… Si un día pasaras por mi tumba,
tu pensamiento un punto reclina en mí, perdido…
La pena que mi pecho no arrostrara, la única,
es pensar que en el tuyo pudiera hallar olvido.

Escucha, locas, tímidas, mis últimas palabras
-a virtud a los muertos no niega ese favor-;
dame… cuanto pedí. Dedícame una lágrima,
¡la sola recompensa en pago de tu amor!…

La destrucción de Senaquerib

Bajaron los asirios como al redil el lobo:
brillaban sus cohortes con el oro y la púrpura;
sus lanzas fulguraban como en el mar luceros,
como en tu onda azul, Galilea escondida.

Tal las ramas del bosque en el estío verde,
la hueste y sus banderas traspasó en el ocaso:
tal las ramas del bosque cuando sopla el otoño,
yacía marchitada la hueste, al otro día.

Pues voló entre las ráfagas el Ángel de la Muerte
y tocó con su aliento, pasando, al enemigo:
los ojos del durmiente fríos, yertos, quedaron,
palpitó el corazón, quedó inmóvil ya siempre.

Y allí estaba el corcel, la nariz muy abierta,
mas ya no respiraba con su aliento de orgullo:
al jadear, su espuma quedó en el césped, blanca,
fría como las gotas de las olas bravías.

Y allí estaba el jinete, contorsionado y pálido,
con rocío en la frente y herrumbre en la armadura,
y las tiendas calladas y solas las banderas,
levantadas las lanzas y el clarín silencioso.

Y las viudas de Asur con gran voz se lamentan
y el templo de Baal ve quebrarse sus ídolos,
y el poder del Gentil, que no abatió la espada,
al mirarle el Señor se fundió como nieve.

Sol del que triste vela...

¡Sol del que triste vela,
astro de cumbre fría,
cuyos trémulos rayos de la noche
para mostrar las sombras solo brillan.
! Oh, cuánto te asemeja
de la pasada dicha
al pálido recuerdo, que del alma
solo hace ver la soledad umbría!

Reflejo de una llama
oculta o extinguida,
llena la mente, pero no la enciende;
vive en el alma, pero no lo anima.
Descubre cual tú, sombras
que esmalta o acaricia,
y como a ti, tan solo la contempla
el dolor mudo en férvida vigilia.

Hubo un tiempo... ¿recuerdas?

Hubo un tiempo… ¿recuerdas? su memoria
Vivirá en nuestro pecho eternamente…
Ambos sentimos un cariño ardiente;
El mismo, ¡oh virgen! que me arrastra a ti.

¡Ay! desde el día en que por vez primera
Eterno amor mi labio te ha jurado,
Y pesares mi vida han desgarrado,
Pesares que no puedes tú sufrir;

Desde entonces el triste pensamiento
De tu olvido falaz en mi agonía:
Olvido de un amor toda armonía,
Fugitivo en su yerto corazón.

Y, sin embargo, celestial consuelo
Llega a inundar mi espíritu agobiado,
Hoy que tu dulce voz ha despertado
Recuerdos, ¡ay! de un tiempo que pasó.

Aunque jamás tu corazón de hielo
Palpite en mi presencia estremecido,
Me es grato recordar que no has podido
Nunca olvidar nuestro primer amor.

Y si pretendes con tenaz empeño
Seguir indiferente tu camino…
Obedece la voz de tu destino
Que odiarme puedes; olvidarme, no.

En un álbum

Sobre la fría losa de una tumba
un nombre retiene la mirada de los que pasan, de igual
modo, cuando mires esta página,
pueda el mío atraer tus ojos y tu pensamiento.

Y cada vez cada vez que acudas a leer este nombre,
piensa en mí como se piensa en los muertos;
e imagina que mi corazón está aquí,
inhumado e intacto.

No volveremos a vagar...

Así es, no volveremos a vagar
Tan tarde en la noche,
Aunque el corazón siga amando
Y la luna conserve el mismo brillo.

Pues la espada gasta su vaina,
Y el alma desgasta el pecho,
Y el corazón debe detenerse a respirar,
Y aún el amor debe descansar.

Aunque la noche fue hecha para armar,
Y demasiado pronto vuelven los días,
Aun así no volveremos a vagar
A la luz de la luna,

Oscuridad

Tuve un sueño, que no era del todo un sueño.
El brillante sol se apagaba, y los astros
vagaban diluyéndose en el espacio eterno,
sin rayos, sin senderos, y la helada tierra
oscilaba ciega y oscureciéndose en el aire sin luna;
la mañana llegó, y se fue, y llegó, y no trajo
consigo el día,
Y los hombres olvidaron sus pasiones ante el terror
de esta desolación; y todos los corazones
se helaron en una plegaria egoísta por luz;
y vivieron junto a hogueras —y los tronos,
los palacios de los reyes coronados— las chozas,
los hogares de todas las cosas que habitaban,
fueron quemadas en las fogatas; las ciudades se consumieron,
Y los hombres se reunieron en torno
a sus ardientes refugios
para verse nuevamente las caras unos a otros;
Felices eran aquellos que vivían dentro del ojo
de los volcanes, y su antorcha montañosa:
Una temerosa esperanza era todo lo que el mundo contenía;
Se encendió fuego a los bosques— pero hora tras hora
Fueron cayendo y apagándose— y los crujientes troncos
se extinguieron con un estrépito y todo fue negro.

Las frentes de los hombres, a la luz sin esperanza,
tenían un aspecto no terreno, cuando de pronto
los haces caían sobre ellos; algunos se tendían
y escondían sus ojos y lloraban; otros descansaban
sus barbillas en sus manos apretadas, y sonreían;
y otros iban rápido de aquí para allá, y alimentaban
sus pilas funerarias con combustible,
y miraban hacia arriba
con loca inquietud al sordo cielo,
El sudario de un mundo pasado; y entonces otra vez
con maldiciones se arrojaban sobre el polvo,
y rechinaban sus dientes y aullaban; las aves silvestres chillaban,
y, aterrorizadas, revoloteaban sobre el suelo,
y agitaban sus inútiles alas; los brutos más salvajes
venían dóciles y trémulos; y las víboras se arrastraron
y se enroscaron entre la multitud,
siseando, pero sin picar —y fueron muertas para ser alimento:
y la Guerra, que por un momento se había ido,
se sació otra vez—; una comida se compraba
con sangre, y cada uno se hartó, resentido y solo
atiborrándose en la penumbra: no quedaba amor;
toda la tierra era un solo pensamiento
y ese era la muerte,
Inmediata y sin gloria; y el dolor agudo
del hambre se instaló en todas las entrañas —hombres

morían—, y sus huesos no tenían tumba,
y tampoco su carne;
el magro por el magro fue devorado,
y aún los perros asaltaron a sus amos,
todos salvo uno,
Y aquel fue fiel a un cadáver, y mantuvo
a raya a las aves y las bestias y los débiles hombres,
hasta que el hambre se apoderó de ellos, o los muertos que caían
tentaron sus delgadas quijadas; él no se
buscó comida,
Sino que con un gemido piadoso y perpetuo
y un corto grito desolado, lamiendo la mano
que no respondió con una caricia —murió.

De a poco la multitud fue muriendo de hambre;
pero dos
de una ciudad enorme sobrevivieron,
y eran enemigos; se encontraron junto
a las agonizantes brasas de un altar
donde se había apilado una masa de cosas santas
para un fin impío; hurgaron,
y temblando revolvieron con sus manos delgadas y esqueléticas
en las débiles cenizas, y sus débiles alientos
soplaron por un poco de vida, e hicieron una llama
que era una burla; entonces levantaron

sus ojos al verla palidecer, y observaron
el aspecto del otro —miraron, y gritaron, y murieron—
De su propio espanto mutuo murieron,
sin saber quién era aquel sobre cuya frente
la hambruna había escrito Enemigo.
El mundo estaba vacío,
lo populoso y lo poderoso —era una masa,
sin estaciones, sin hierba, sin árboles, sin hombres, sin vida—
una masa de muerte— un caos de dura arcilla.

Los ríos, lagos, y océanos estaban quietos,
y nada se movía en sus silenciosos abismos;
las naves sin marinos yacían pudriéndose en el mar,
y sus mástiles bajaban poco a poco; cuando caían
dormían en el abismo sin un vaivén—
Las olas estaban muertas; las mareas estaban en sus tumbas,
Antes ya había expirado su señora la luna;
Los vientos se marchitaron en el aire estancado,
Y las nubes perecieron; la Oscuridad no necesitaba
De su ayuda. Ella era el universo.

Soneto a Chillon

Nota: El castillo de Chillon se halla junto a lago Ginebra, y Byron lo visitó junto a Shelley en 1816; François Bonnivard estuvo prisionero en el castillo en el siglo XVI.

¡Espíritu eterno de la mente sin cadenas!
¡Libertad! Más brillante eres en las mazmorras,
Pues allí tu morada es el corazón
—El corazón al que sólo el amor por tí puede atar.
Y cuando tus hijos son enviados a los grilletes—
A los grilletes, y al húmedo sótano de penumbra sin día,
Su país vence con su martirio,
Y el nombre de la Libertad halla alas en todo viento.
¡Chillon! Tu prisión es un sitio sagrado,
Y tu triste suelo un altar, —pues fue hollado,
Hasta que sus pasos dejaron una huella
Gastada, como su tu pavimento fuese un prado,
¡Por Bonnivard!— ¡Que no se borre ninguna de esas marcas!
Pues ellas claman a Dios contra la tiranía.

Cuando nos separamos

Cuando nos separamos
en silencio y con lágrimas,
con el corazón medio roto,
para apartarnos por años,
tu mejilla se tornó pálida y fría
y tu beso aún más frío…
Aquella hora predijo
en verdad todo este dolor.
El rocío de la mañana
resbaló frío por mi frente
y fue como un anuncio
de lo que ahora siento.
Tus juramentos se han roto
y tu fama ya es muy frágil;
cuando escucho tu nombre
comparto su vergüenza.
Cuando te nombran delante de mí,
un toque lúgubre llega a mi oído
y un estremecimiento me sacude.
¿Por qué te quise tanto?
Aquellos que te conocen bien
no saben que te conocí:
Por mucho, mucho tiempo
habré de arrepentirme de ti
tan hondamente,

que no puedo expresarlo.
En secreto nos encontramos,
y en silencio me lamento
de que tu corazón pueda olvidar
y tu espíritu engañarme.
Si llegara a encontrarte
tras largos años,
¿cómo habría de saludarte?
¡Con silencio y con lágrimas!

Estrofas para la música

Ninguna de las hijas de la belleza
Tiene la magia que tú tienes;
Y es para mí tu dulce voz
Como música en el agua:

Como si su sonido hiciera
Detenerse al encantado océano,
Resplandecen las olas en su quietud
Y parecen soñar los sosegados vientos.

Y la luna de la medianoche teje
Sobre el mar su brillante cadena;
Su pecho palpita suavemente
Como un niño dormido:

Así el espíritu se inclina ante ti,
Para escucharte, para adorarte;
Con la emoción suave y profunda
De las olas de un mar de Verano.

Acuerdate de mí

Llora en silencio mi alma solitaria,
excepto cuando está mi corazón
unido al tuyo en celestial alianza
de mutuo suspirar y mutuo amor.
Es la llama de mi alma cual lumbrera,
que brilla en el recinto sepulcral:
casi extinta, invisible, pero eterna…
ni la muerte la puede aniquilar.
¡Acuérdate de mí!… Cerca a mi tumba
no pases, no, sin darme una oración;
para mi alma no habrá mayor tortura
que el saber que olvidaste mi dolor.
Oye mi última voz. No es un delito
rogar por los que fueron. Yo jamás
te pedí nada: al expirar te exijo
que vengas a mi tumba a sollozar.

El primer beso de amor

Ausente con tus ficciones de endebles romances,
Aquellos harapos de falsedad tejidos por la locura;
Dadme el espíritu fugaz con su débil resplandor,
O el arrebato que habita en el primer beso de amor.

Si, poetas, vuestros pechos con fantasías brillarán,
Aquella pasión en la arboleda danzará con ardor;
Y de la bendita inspiración vuestros sonetos fluirán,
¿Pero podrán alguna vez saborear el primer beso de amor?

Si Apolo debe rehusar su asistencia, O las Nueve dispuestas están a tu servicio;
No las invoquéis, decidle adiós a las Musas,
Y prueba el efecto del primer beso de amor.

Los odio, y odio vuestras frías composiciones,
Aunque el prudente me condene,
Y el intolerante lo repruebe;
Yo abrazo las delicias que brotan del corazón,
Cuyos latidos y alegría son el primer beso de amor.

Vuestros pastores y sus rebaños, aquellos temas fantásticos,
Tal vez puedan divertir pero nunca conmoverán.

Arcadia se despliega como un sueño de bello color,
¿Pero cómo podría compararse con el primer beso de amor?

¡Oh, cesad de afirmar que el hombre, desde que surgió
Del linaje de Adán, ha luchado contra la miseria!
Algunas parcelas del Cielo vibran en la Tierra,
Y el Edén resurge con el primer beso de amor.

Cuando los años hielen la sangre, cuando nuestros placeres pasen,
(Flotando durante años en las alas de una paloma)
El recuerdo más amado será siempre el último,
Nuestro monumento más dulce, el primer beso de amor.

Te vi llorar

¡Te vi llorar! Tu lágrima, bien mío,
En tu pupila azul brillaba inquieta,
Como la blanca gota de rocío
Sobre el tallo gentil de la violeta.

¡Te vi reír! Y un fecundo mayo,
Las rosas deshojadas por la brisa
No pudieron copiar en su desmayo
La inefable expresión de tu sonrisa.

Así como las nubes en el cielo
Del sol reciben una luz tan bella,
Que la noche no borra con su velo,
Ni eclipsa con su luz la clara estrella.

Tu sonrisa transmite la ventura
Al alma triste, y tu mirada incierta,
Deja una dulce claridad tan pura
Que llega al corazón después de muerta.

Adiós

¡Adiós! si dicha se concede al hombre
de una plegaria en premio, ésta tu nombre
elevará hasta el trono del Señor.
Promesas, quejas, llanto, fueran vanos;
más que el lloro, exprimido, ya sangrante,
de ojos sin luz, tenaz remordimiento
esta palabra dice... ¡Adiós! ¡Adiós!

Secos están mis ojos, extinguida
mi voz, pero al dejarte, de mi vida
se adueña para siempre un gran dolor.
Aunque el pesar y la pasión torturan
mi corazón, quejarse no le es dado...
Yo sólo sé que en vano hemos amado...
Sólo puedo sentir... ¡Adiós! adiós.

Al cumplir mis 36 años

¡Calma, corazón, ten calma!
¿A qué lates, si no abates
ya ni alegras a otra alma?
¿A qué lates?

Mi vida, verde parral,
dio ya su fruto y su flor,
amarillea, otoñal,
sin amor.

Más no pongamos mal ceño!
¡No pensemos, no pensemos!
Démonos al alto empeño
que tenemos.

Mira: Armas, banderas, campo
de batalla, y la victoria,
y Grecia. ¿No vale un lampo
de esta gloria?

¡Despierta! A Hélade no toques,
Ya Hélade despierta está.
Invócate a ti. No invoques
más allá

Viejo volcán enfriado
es mi llama; al firmamento
alza su ardor apagado.
¡Ah momento!

Temor y esperanza mueren.
Dolor y placer huyeron.
Ni me curan ni me hieren.
No son. Fueron.

¿A qué vivir, correr suerte,
si la juventud tu sien
ya no adorna? He aquí tu
muerte.

Y está bien.
Tras tanta palabra dicha,
el silencio. Es lo mejor.
En el silencio ¿no hay dicha?
y hay valor.

Lo que tantos han hallado
buscar ahora para ti:
una tumba de soldado.
Y hela aquí.

Todo cansa todo pasa.

Una mirada hacia atrás,
y marchémonos a casa.
Allí hay paz.

Avanza su belleza

Avanza su belleza, cual la noche
de los climas sin nubes y estrellados;
cuento es bello, radiante o de penumbra,
anida en su semblante y en sus ojos:
y así suaviza más esa luz tierna
que al día niega el cielo refulgente.

Una sombra de más, un tallo menos,
sus atractivos sin nombre vulneran
ondeando en esas trenzas de honda noche,
o encendida muy suave entre su rostro;
donde expresan sus dulces pensamientos
cuan amada, cuan pura es su morada.

Y sobre esas mejillas y esa frente,
tan suaves, tan serenas y elocuentes,
el rubor y sonrisa la abrillantan,
pero expresan los días bondadosos,
su espíritu de paz sobre la tierra,
¡de un pecho cuyo amor es inocente!

Prometeo

¡Titán! A cuyos ojos inmortales
no fueron los tormentos de la muerte,
vistos en su penosa realidad,
esencias que los dioses desdeñaran;
de tu piedad, ¿cuál fue la recompensa?

Una intensa tortura silenciosa;
entre la roca, el buitre y la cadena,
todo cuanto el activo sufrir puede,
las agonías que ellos nos revelan,
el sentido enervante de la cuita,
que clama solamente en soledumbre,
celoso de que el cielo pueda oírlo,
por nada lanzará ningún suspiro
hasta que su voz quede ya sin eco.

¡Titán!, se te ha otorgado la contienda
entre la voluntad y el sufrimiento,
que si matar no pueden martirizan;
la sorda tiranía de Destino
y de igual modo el Cielo inexorable,
y el principio instaurado del Encono,
que para su contento crear debe
cosas capaces de aniquilamiento,
negándote hasta el gusto de la muerte:

la eternidad, presente desdichado,
fue tuya y muy bien la has sobrellevado.

Y aquello que el Tonante te aquejara
sólo fue la amenaza que extendieran
sobre él las aflicciones de tus cuitas;
el sino que tan bien profetizaste
no lo apaciguaría el conocerlo;
en tu Silencio estaba tu Sentencia,
y en su Alma un infructuoso arrepentirse,
y un miedo tan ruin tan mal disimulado,
que temblaba el relámpago en sus manos.

Fue tu crimen divino la clemencia,
rendir, con tus preceptos, nada menos
que rodas las desdichas de los hombres,
y reanimar al Hombre con su mente;
aunque engañado fuiste en las alturas,
en tu mansa energía apaciguado,
en la resignación y en la repulsa
de tu Espíritu invicto empenetrable,
al que el Cielo y la Tierra no conmueven,
una lección pujante recibimos:
el Hombre es, como tú, divino en parte,
torbellino de fuente cristalina;
y puede vislumbrar solo fragmentos
sobre su propio y fúnebre destino;

su propia desventura y resistencia;
y su triste existencia tan distinta:
ante la cual su Espíritu se opone
de igual forma que a todas sus
desdichas, y firme voluntad y hondo
sentido,
que puede columbrar, en la tortura,
su propia concentrada recompensa,
triunfante desafío temerario,
que torna de la Muerte una Victoria.

No pasearemos juntos hasta tarde

No pasearemos juntos hasta tarde en la
noche profunda,
tranquilo el corazón como si amara, y
la luna tan quieta cual brillante.
Si en su vaina la espada permanece,
del pecho vuelva el alma,
el corazón detiene su respiro,
y amor mismo descansa.
No obstante, para amar se hizo la noche,
y volver pronto el día,
sin embargo, otra vez no pasearemos
a la luz de la luna.

La oración natural

¡Oh, padre de la luz; ¡oh, luz del cielo!
¿Atiendes tú el gemir de la desgracia;
sus crímenes perdonas a los hombres,
del débil escuchando las plegarias?
¡Oh, padre de la luz, tu gracia imploro!
Tú viendo estás lo negro de mis almas;
tú que al insecto miserable cuidas,
evita al pecador su muerte infausta.
No busco altar ni preste; solo vivo
ansiando la verdad... ¿Dónde
encontrarla? Descubro ya
tu omnipotencia, y lloro
de mi azarosa juventud las faltas.
Alce el devoto portentosa iglesia
que el fanatismo reverente acata;
el sacerdote, en interés del culto,
fomente las leyendas insensatas.
¿Puede encerrar el hombre a un Dios inmenso
en templo obscuro o bóvedas doradas?
Tu rico templo es el espacio libre,
la tierra, el mar y cuanto el cielo abarca.
¿Y así el mortal condenará a su hermano
porque con otra fórmula te ensalza?
¿Y creerá que ofendiéndote uno sólo
castigas tú sin compasión la raza?

Si cada secta inventa un paraíso,
al infierno destina a sus contrarias,
porque te ruegan de distinto modo
y difiere en la forma su esperanza.
¡Ah! Reñirán por dogmas diferentes
que la razón a comprender no basta.
¿Podrá el gusano escudriñar el cielo
cuando en el lodo el infeliz se arrastra?
Y los que viven para sí, egoístas,
que en el inmundo crimen se encenagan,
¿Podrán por su fe sola quedar limpios
y vivir para siempre en tu morada?
¡Gran Dios!; no quiero Biblias ni profetas;
tu ley en la Creación se ostenta clara.
Confieso que soy débil y perverso,
mas mi oración del pecho se derrama
Tú, que arrojaste al hombre en este mundo
de donde cuando quieres lo arrebatas,
en tanto que yo pise el triste suelo,
tiéndeme, ¡Oh! Dios, Tu mano sacrosanta.
A ti, Señor, levantaré mis ojos
en próspera fortuna o suerte ingrata;
tu sola voluntad será mi aliento,
que tengo sólo en tu piedad confianza.
Cuando este polvo al cieno regresare,
si quedan a mi espíritu sus alas,
¡Con cuánto ardor, tu nombre bendiciendo he de

lanzarme hasta besar tus plantas!
Más si este pobre espíritu la suerte
del cuerpo ha de sufrir en tumba helada;
si ha de morir mi todo, mientras viva,
elevaré a tu trono mis plegarias;
Que, agradecida a tu bondad patente
la humilde musa, con amor te canta.
Yo espero, ¡Oh, Dios!, que al término del viaje
mi torpe vida encontrará tu gracia.

A Lady Byron

En el aniversario de nuestro casamiento (2 de enero de 1821)

Ya seis años pasaron desde el día
en que ardiente Himeneo
en UNO nos trocó.
La suerte impía desdichas trajo en pos
de un año de feliz devaneo.
Cinco hay ya que otra vez somos DOS

Aspiración

I

Si en el mundo distante de este mundo se
goza del amor que sobrevive;
si allá se encuentra el corazón querido que
del nuestro en la tierra se despide
Si allá vemos los ojos que aquí amamos
más sin lágrimas ya, pues son felices,
¡Benditas para siempre estas esferas!
¡Qué el pensamiento más allá concibe!
Si eso es así, ¡cuán dulce nos sería morir al
punto, eternidad terrible, ya perdido el
temor con los reflejos de los torrentes de
tu luz sublime!

II

Y debe ser así; no por nosotros temblamos
a la orilla del abismo, y a la frágil cadena
de los seres luchamos anhelantes por
sirnos.
Por los que quedan es por quien
temblamos al surcar ese mar desconocido;
por el temor que al vernos separados
queden nuestros afectos divididos.

Más en ese futuro se apodera
el corazón del corazón querido,
y el alma con el alma se hace eterna,
siendo amantes aquí y allá infinitos.

A Inés

No, no sonrías a mi adusta frente,
que sonreír no puede ni desea.
¡Evite el cielo para ti clemente,
que también llores y que en vano sea!

No intentes conocer esta hez obscura
que así emponzoña mi angustiada vida;
ni quieras compartir una amargura
que ser no puede ni aun por ti vencida.

No es odio ni es amor lo que me aqueja;
no es ambicioso y contrariado anhelo
yo que mis horas anubló y me aleja
de cuanto fue mi amor o mi consuelo.

Es ¡Ay!, que cuanto escucho y cuanto miro
tedio me inspira y ásperos enojos;
ya ni siquiera la beldad admiro;
ni aun fuego tienen para mí tus ojos.

Cual la columna de siniestra flama
que al pueblo hebreo encaminaba errante,
fulgor lejano me conduce y llama
y aun al morir lo miraré distante.

¿Cómo a sí mismo escapará el proscrito?
El mundo en vano recorrer intento
siempre me acosa el torcedor maldito,
el demonio fatal del pensamiento.

Otros el goce insulso que me hastía
beben sin fin y su amargor no advierten.
¡Sueñen ellos con plácida alegría,
y nunca, al menos, como yo despierten!

¡Adiós! Recorreré la tierra entera.
Tendrá, entre penas mil, mi pecho herido
un consuelo; suceda lo que quiera,
¡lo peor ya lo he visto y lo he sentido!

¡No lo quieras saber!
Tus dudas claman
y ten piedad de mi anhelar eterno;
sonríe sin rasgar el velo del alma,
si allí no quieres ver todo el infierno.

ÍNDICE

“Tuve un sueño, que no era del todo un sueño. El brillante sol se apagaba, y los astros vagaban diluyéndose en el espacio eterno, sin rayos, sin senderos, y la helada tierra oscilaba ciega y oscureciéndose en el aire sin luna; la mañana llegó, y se fue, y llegó, y no trajo consigo el día...

Colección
Lima Lee

